

8 V K



PRÓLOGO

Claire abrió la puerta a la terminal como siempre lo hacía, con una mano tecleó su clave secreta en un panel empotrado en la pared mientras que la otra era objeto de un escáner dactilar situado al lado del panel numérico. Cuando la luz verde se encendió fue hasta el área de trabajo, situada en el centro del habitáculo. Un panel de comandos se deslizó hasta ella cuando se acercó y una moderna silla emergió del suelo embaldosado.

Claire tomó asiento y tecleó los comandos que dirigirían el programa hasta la sección de trabajo: I.A.3.0.

Presionó la tecla de acción y luego, al fondo del laboratorio, un enorme telón se corrió hacia arriba, dejando ver el imponente invertidor de cargas atómicas (ACI, por sus siglas en inglés). Tecleó entonces la secuencia de comandos que encendería la máquina. Esperó a que las planchas comenzaran a emitir las cargas atómicas para luego introducir la secuencia de reversión. La pantalla frente a ella abrió un cuadro de diálogo sobre el torrente de datos que caía a raudales como una cascada, y decía: INICIANDO CARGA EN 3, 2, 1...

De no ser por el grueso cristal polarizado, los ojos de Claire hubieran sufrido serios daños, aún si los cerrara, pero el cristal estaba diseñado para reaccionar ante la luz, y en ese caso, fue como si le hubieran colocado de pronto un oscurísimo papel ahumado.

Del otro lado del cristal, el suceso era un auténtico espectáculo de luces y destellos, pero ella ya estaba acostumbrada a verlo, así que dirigió su atención al panel e introdujo los comandos pertinentes. Luego observó el gráfico de la esquina superior de la pantalla, que comenzaba a mostrar

el incremento de energía que comenzaba a fluir a través de las planchas, invirtiendo las cargas de los átomos. Era hora de trabajar.

“basta de software” pensó, mientras se levantaba de la silla, lo que bloqueó inmediatamente el panel de comandos. “es hora de...” otra silla mecánica surgió del suelo, al lado de la anterior, al igual que otro panel de controles. “hardware”.

Aferró con ambas manos sendas palancas con botones, muy parecidas a los mandos de un avión de combate. Claire miró su reloj, las seis treinta, afuera habría comenzado a oscurecer. Pensó que podría estar en casa antes de las ocho si se daba prisa; así que con cuidado, echó hacia adelante ambos mandos.

Del otro lado del cristal protector, una pesada especie de monta cargas comenzó a moverse, llevando en sus tenazas metálicas un grotesco y amorfo aparato, el cual tenía que hacer pasar a través del campo de átomos invertidos para activar los circuitos positrónicos instalados allí.

Todo estaba marchando bien hasta que un extraño suceso tuvo lugar justo en el momento en el que el sistema de circuitos entró en el campo de energía.

De pronto, todas las luces y aparatos de todo el laboratorio sufrieron una baja de tensión; se encendieron de inmediato las luces de emergencia. Claire miró a todos lados, visiblemente confundida. Un destello tan brillante que hizo traslúcido el cristal polarizado estalló dentro del área aislada, e hizo temblar incluso el techo.

Claire reaccionó al darse cuenta de que su sistema, su costoso y laborioso sistema de circuitos positrónicos estaba

dentro de un campo de energía comprometido y le dio un tirón hacia atrás al control principal.

Cuando las tenazas metálicas intentaron retroceder de golpe, ocurrió una extrañísima reacción.

Claire, cuya sorpresa y absoluta confusión se sobrepusieron al instinto de mantener los ojos cerrados, pudo observar un fenómeno que le puso los pelos de punta: El complejo aparato que estaba sujeto por las tenazas, quedó envuelto en una tormenta eléctrica en miniatura, pareció soltarse de alguna forma y quedarse flotando en medio del caos incandescente. A pesar del dolor que sentía en los ojos, hizo un esfuerzo gigantesco por mantenerlos abiertos, al menos por un segundo más antes de sucumbir.

Todo acabó tan rápido como había comenzado, quedando todo el lugar en silencio, iluminado solo por las lámparas de emergencia.

Supo que necesitaba un descanso cuando se dio cuenta de que en la oscuridad que reinaba dentro de sus párpados cerrados, aún estaba grabada la imagen de un vehículo negro que iba directo hacia ella; y dentro de este, el rostro sorprendido de un conductor que la miraba.

CAPÍTULO 01

PISTA DE CARRERAS DE EL DISTRITO. EN UN MOMENTO DIFERENTE

El ruido podría resultar ensordecedor para cualquiera, y hasta insoportable después de mucho tiempo de exposición. Pero no para él, a quien le parecía hipnótico, liberador; era la música que lo mantenía desconectado del mundo y sus problemas vanos. Cada cambio de marcha significaba una nueva melodía, cargada de expresión propia, de pasión, de emoción.

El rugido del motor de ocho cilindros y la fuerza de empuje que sentía detrás del volante eran toda la sinfonía que necesitaba para que su sangre fuera inoculada con la dosis de adrenalina que lo hacía sentirse poderoso e invencible.

Por las ventanillas podía ver, a intervalos de tiempo muy pequeños, claro, ya que un descuido mayor podría resultar fatal, cómo todo el paisaje se fundía como en un cuadro hecho de rápidos brochazos horizontales.

Alan Brown pasó una vez más sobre la línea blanca a casi doscientos veinte kilómetros por hora para, inmediatamente, soltar el acelerador y dejar que el coche lograra una velocidad segura para maniobrar con soltura y volver. Alan miró por el retrovisor, allá estaba Joe, haciéndole señas con una mano mientras que en la otra sostenía el aparato para medir los tiempos y las velocidades punta. Giró en redondo y se llegó de nuevo hasta la línea de meta.

-viejo!- le escuchó decir antes de bajar del hermoso mustang gt. -esta marca será insuperable, en serio.-

-en esta pista es fácil, Joe.- replicó Alan, que se recostó de espaldas sobre el coche y sacó de su cazadora un cigarrillo y un encendedor zippo; lo encendió y le dio una calada, exhalando una enorme voluta de humo blanco antes de continuar. -pero allá será distinto.- su mirada se fue lejos, al horizonte, o más allá, quizás. -no conoceré el terreno, y no podré recordar todas las curvas y las variaciones.- su tono de voz parecía resignado, pero nada estaba más lejos de lo que podía sentir acerca de la competencia para la que entrenaba. De hecho, si tuviera cubiertos todos esos obstáculos que mencionó, nunca se habría molestado en participar.

-pues sí, tienes razón, Alan- respondió su amigo, que a pesar del tiempo que llevaba conociéndole, aún se tragaba sus dramas. -pero estoy seguro que ganarás, como siempre, y de paso, nos harás sentir, como siempre, que estás a punto de matarte en cada kilómetro.-

Alan no respondió, se quedó mirando al infinito mientras el viento revolvía caprichoso su largo cabello. Joe Green se había acostumbrado a esos momentos de desconexión de su amigo, así que dejó de hablar y se recostó en el coche, a su lado. Alan sacó otro cigarrillo de la cazadora y se lo ofreció a Joe.

La pista de carreras comenzaba a ver el sol ocultarse tras los árboles, al igual que vio el par de luces rojas encenderse y alejarse. Un par de pequeñísimas brasas rojas salieron despedidas a ambos lados del vehículo y se desvanecieron antes de tocar el suelo. Luego, todo quedó en silencio.

CAPÍTULO 02

La casualidad, ese evento aparentemente fortuito que sucede sin anticipación alguna y para el que muchas veces no existe un plan de contingencia, ese evento que provoca el noventa por ciento de los casos de frustración en el mundo y, aunque parezca increíble, mucho más de la mitad de los hallazgos o creaciones más relevantes de la historia. Y así, por pura casualidad, Steve White, en su casa, sí, en el sótano de su casa, creó una máquina del tiempo. Así de simple. Y por qué no? las grandes mentes lo hacen así primero, luego vienen los lujosos y ultra modernos laboratorios y las bellas ayudantes. Sí, los agujeros de gusano, los aceleradores de partículas, el año luz, todo eso suena a instalaciones enormes y computadores tan "inteligentes" que muchas veces la gente se pregunta y por qué mierda no han podido llegar a ver si hay vida en una galaxia lejana? Bueno, Steve White sólo necesitó una Laptop y una libreta de anotaciones. Eso es suficiente material para soñar y diseñar. Del resto, que se encarguen los mortales.

La pizarra de la pared estaba atestada de números y símbolos matemáticos. Pero dentro del aparente caos, había un orden metódico y obsesivo; incluso los espacios vacíos estaban puestos ahí por alguna razón o utilidad.

Steve se encontraba en ese momento verificando que todo estuviera en orden con su máquina. Bueno, en realidad aquel monstruo de 10 metros de largo por otros 12 más de altura y unos 3 o 4 de ancho, sólo era el armazón de la máquina, una mera pieza de sostén, por llamarla de alguna forma. No estaba en el patio de su casa, que era muy pequeño para su propósito, así que tuvo que trasladar el instrumental hasta un terreno que estaba ubicado en las inmediaciones de una construcción abandonada. Allí tendría el espacio suficiente y estaría lejos de miradas u oídos curiosos.

Apretaba una tuerca cuando recordó el frenesí que había experimentado meses atrás al traer los camiones con las piezas hasta el sitio, y luego de ubicarlo todo de forma estratégica, despedir a todo el mundo para ensamblar todo con la menor cantidad posible de gente.

Recordó que había buscado en su mente, como si registrara un baúl lleno de cosas que había guardado ahí "por si acaso" la pieza que hacía falta para poner en marcha su máquina, necesitaba algo que pudiera moverse con la suficiente velocidad para convertir las ráfagas de positrones en una fuerza tal, que crease el arco eléctrico que daría forma al portal. Pero al mismo tiempo, ese dinamo especial debía poder llevar al viajero sin acabar con su existencia de forma desastrosa, dejando su cuerpo esparcido por todas partes y en diferentes momentos. Eso le hizo recordar el episodio con el tele transportador; pobre rata, hubo que recogerla con una esponja del otro lado de la línea. Pero eso era agua pasada, había mejorado mucho desde entonces. Había pensado en un automóvil, claro, era lo más lógico, pero el inconveniente del tamaño representaba un verdadero obstáculo. No fue sino después de correr el simulador con un sinfín de ideas, y de que los datos que arrojara fueran los de un completo fracaso, que se decidió finalmente por el automóvil; claro que esa era una idea que su cerebro se negaba a desechar, no sólo porque era la más lógica, sino porque también sabía a quién recurrir para obtener la pieza faltante.

CAPÍTULO 03

Iban por la autopista, no rebasaban los cien kilómetros por hora. Alan conducía con una mano al volante y otra apoyada en la ventanilla abierta. Joe, por su parte, iba reclinado hacia atrás en la butaca, con los ojos cerrados sintiendo el viento en la cara. Una vibración en sus pantalones lo obligó a regresar a la tierra; sacó su teléfono móvil y miró la pantalla.

LLAMADA ENTRANTE DE STEVE.

-diga!- saludó, sin mucho entusiasmo. -sí, un segundo- le tendió el aparato a Alan. -es Steve.
-sí?- contestó. -a casa, por qué?- esperó. -qué? Estás loco- esperó de nuevo. -no, Steve, ni lo sueñes. Nunca te prestaría mi coche para uno de tus experimentos. Olvídalo.-

Colgó y le devolvió el teléfono a su amigo.

CAPÍTULO 04

El oficial Jorge Jiménez y su acompañante, Sandro Guzmán, patrullaban las calles del distrito. Conducían despacio y con la coctelera apagada, no había necesidad de alardear. Todas las patrullas tenían que recorrer las zonas de forma aleatoria, de modo que no se crearan vicios con ciertos habitantes, y esa noche, a La patrulla 034 le tocó merodear la zona abandonada donde se construiría, algún día, uno de los edificios que figuraría como emblema de la ciudad.

-oiga, jefe!- exclamó Guzmán, desde el asiento del conductor.

-sí, que pasa?- respondió el otro cuya mitad del rostro permanecía oculta por la gorra del uniforme.

-si la construcción está abandonada, no debería haber nada echando lucecitas ahí dentro, no?-

El inspector Jiménez se desperezó, incorporándose en la butaca y levantándose la gorra. -joder, es cierto.- parloteó, pero para sí mismo. -pero qué cojones pasa allá?- mencionó luego de ver las luces.

-quiere que vayamos a averiguar, jefe?-

-pues claro, si alguien más se da cuenta y lo reporta, nos metemos en un lío que para qué te cuento, vamos para allá!-

Condujeron sin encender la coctelera, y se acercaron con cuidado a la zona, luego aparcaron el coche a una distancia prudente y continuaron a pie.

CAPÍTULO 05

-bien, cuando sientas que el coche se levanta, quiero que presiones el acelerador hasta alcanzar, al menos, cinco mil revoluciones...- instruía Steve a un contrariado Alan, que estaba sentado en el asiento de su precioso coche, al que hacía unos minutos habían despojado de las cuatro llantas y le habían colocado, como sustitutos, al menos de las ruedas delanteras, correas que las convertirían en poderosas poleas tensoras.

-que el coche se levanta?- exclamó Alan, cada vez menos convencido.

-Alan, lo que tienes arriba de ti es un electroimán, así que cuando lo encienda, el coche quedará adherido a aquella plancha.- señaló con el dedo hacia arriba. -una vez que las ruedas alcancen la velocidad pico- Steve no resistió la tentación de explicar su plan, como el típico villano de cómic. -actuarán como un dinamo, enviando la energía necesaria a los capacitores que encenderán automáticamente los otros cinco electroimanes. Eso te hará flotar en el centro del campo de fuerzas opuestas, será entonces cuando los cañones instalados en cada plancha dispararán descargas de positrones y luego, la magia.

En teoría, la Máquina lo transportaría a través de los entrelazados agujeros de gusano que, estaba seguro, existían en el mundo sub atómico, a velocidades cercanas a las de la luz, pudiendo manipular las líneas temporales y llegar a voluntad, físicamente, a cualquier parte del globo, y también en cualquier momento, pasado o futuro a través del portal positrónico.

CAPÍTULO 06

-pero qué cojones...!!!- exclamó Jiménez, con los ojos abiertos como platos detrás de los prismáticos.

-seguro son extraterrestres, jefe, leí que están por todos lados y uno no se da cuenta.-

-sí serás gilipollas, venga con los extraterrestres. Lo que tenemos que hacer es ir allá a averiguar qué puñetas están haciendo!- le soltó.

Luego sacó su arma de reglamento y su radio de frecuencias. -yo te cubro.

CAPÍTULO 07

La colina más alta de la montaña de la ciudad era estratégicamente ideal para la observación, según estudios que había hecho una comisión especial del ejército con la intención de tener un punto desde el cual llegar a cualquier sitio con previa información, al menos visual; y por eso se encontraba instalado ahí lo que llamaban El Ojo. Era una serie de edificios de una sola planta, construido con las medidas mínimas de altura para no destacar sobre la colina, dotados con instrumental de observación y detección de alta tecnología, podían desde ahí ver, gracias a los potentes telescopios, cualquier situación que se presentase en el distrito, igual que cualquier otro incidente o suceso relevante gracias a sus múltiples aparatos receptores de información; como el detector de radiación por imágenes, que era capaz de "ver" los haces y halos radiactivos, transformándolos en imágenes térmicas que los controladores podían analizar y ayudar a los encargados a tomar decisiones con tiempo. Y eso fue lo que hizo el sargento Paul Jones, el controlador de turno.

-Capitán!- la voz, generalmente serena del sargento, estaba salpicada de virutas de urgencia.

-diga, sargento!- se acercó el capitán a los controles.

-mire- dijo, señalando la pantalla, en la que había una toma de la zona de la construcción abandonada en la que, hasta hace unos minutos, todo tenía el mismo color verde oliva oscuro, y que ahora presentaba unos muy vivos azules eléctricos en el centro. -eso es radiación ultravioleta, capitán, de átomos de talio y osmio, estoy seguro.-

-y cómo carajos...??- exclamó el capitán, visiblemente sorprendido.

-qué estará pasando allá, capitán?-

-Hay sólo una forma de averiguarlo, sargento. Llame inmediatamente a la detective Rogers para abrir una posible investigación-

-Sí, señor- Dijo el sargento Jones y levantó el teléfono.

CAPÍTULO 08

Todo estaba saliendo según los planes. Alan y Steve se habían embutido en sendos trajes protectores contra radiación, Alan estuvo a punto de preguntar de dónde diablos los había sacado, pero eso no tenía mucha importancia, así que una vez dentro del traje gris, se metió luego en el coche.

Luego de bajar el electroimán hasta el techo del mustang, Steve hundió el botón verde del panel y un ruido parecido a una turbina encendiendo comenzó a emerger de las entrañas de la máquina. El coche se estremeció cuando la inmensa atracción lo sujetó. Alan se preparó, aferrándose al volante. Miró a su izquierda, al panel de controles y vio a Steve haciéndole señas con el pulgar levantado mientras presionaba otro botón.

Dentro del coche, Alan sintió cómo comenzaba a elevarse por los aires como en una atracción de juegos mecánicos. Se elevó más y más hasta que sintió que algo lo detenía, eran las correas alcanzando la tensión mínima. La enorme magneto se elevó un poco más, aplicando más tensión a las correas. Desde abajo, Steve le hizo señas para que encendiera el motor y comenzara a acelerar con la primera marcha puesta.

Así lo hizo. El potente motor disminuyó las revoluciones cuando las ruedas intentaron moverse y se encontraron con la resistencia de los dinamos. Alan sentía que estaba intentando subir una empinada cuesta sin velocidad inicial. Presionó más el acelerador y la resistencia de los dinamos cedió, comenzando a acelerar rápidamente. Tuvo que poner la segunda marcha enseguida, luego la tercera; la empinada subida se había convertido de pronto en una bajada muy inclinada y, para cuando Alan posicionó la palanca de cambios en la sexta marcha, en caída libre.

CAPÍTULO 09

Guzmán no se sentía precisamente dichoso, o de alguna manera favorecido de ir a investigar qué estaba pasando en la abandonada construcción, pero una orden era una orden y mientras no hubiera prueba de que su vida estaba en riesgo excesivo, no podía declinar, claro, después de todo, eran agentes de la ley, así que el riesgo siempre estaba implícito en el trabajo.

Estaba ya frente a la reja de ciclón mientras observaba como allá adentro había comenzado un espectáculo de luces. No tenía tiempo de averiguar cómo habían entrado los infractores, así que decidió cortar parte de la reja con las tenazas que previamente había cogido de la patrulla. Había hecho ya varios cortes en el grueso alambre cuando escuchó el ruido de un motor detrás de él.

CAPÍTULO 10

El todo terreno verde oliva apareció justo detrás del vehículo de la policía del estado, que estaba ahí con el motor apagado y las puertas delanteras abiertas. Cuatro soldados armados con rifles de asalto bajaron y rodearon al coche patrulla, y un quinto personaje, una mujer vestida de traje negro, como una 007 en femenino, bajó de último, alisándose la camisa. Un oficial que estaba apostado más adelante se giró hacia ellos; tenía unos prismáticos en las manos.

-pero qué coño...? Quienes son ustedes? Qué hacen aquí?- preguntó el oficial Jiménez.

-capitán Adrián Felps, oficial, del ejército nacional. Algo sucede allá abajo y vinimos a investigar. Nos acompaña la detective Amanda Rogers, de la división de inteligencia estatal-

-ah, sí, pues yo estoy jugando a las escondidas con mi compañero, y saben qué? Me está ganando!- dijo el oficial, muy de mal humor.

El capitán hizo caso omiso del comentario, pero le preguntó: -y ha enviado a su compañero sólo allá adentro?-

Jiménez estuvo a punto de responderle un taco al estirado capitán, pero se detuvo enseguida cuando entendió, al calar en su mente lo que representaban aquellos uniformes, que la cosa era más grave de lo que creía. Se giró hacia la construcción con preocupación y pensó. "Me lleva el...¡, no puede ser que Guzmán tenga razón".

Dentro de la construcción abandonada, los fuegos artificiales estaban en pleno apogeo. Los dinamos habían ajustado las distancias de los electroimanes con relación al coche, que ahora permanecía suspendido en medio de un campo magnético gigantesco. Ráfagas de viento comenzaron a emanar de la reacción electro química que se estaba produciendo y, de pronto, cinco enormes rayos eléctricos cargados de protones con carga negativa salieron despedidos

de los electroimanes, envolviendo al Ford mustang en una especie de brillante maraña caótica de azul y blanco.

CAPÍTULO 11

-Policía!- entró gritando el oficial Guzmán, apuntando con su glock 9 milímetros a lo que parecía ser la cabina de operaciones de la máquina que tenía armado todo un show de efectos especiales ahí delante.

-salgan con las manos en alto, donde quiera que estén!-

Guzmán sacó su radio de frecuencias y abrió el canal para avisar a Jiménez.

-Jefe, los tengo, venga. Rápido!- luego de cerrar la comunicación, no pudo creer lo que salió de la cabina de operaciones: era un humanoide de otro planeta con un extraño artefacto en las manos. "Mierda! Alienígenas" pensó, dejando caer la radio y levantando su arma con manos temblorosas.

No tuvo que esperar mucho. Detrás de él, el sonido de un vehículo le devolvió un poco de valentía y su mano dejó de temblar. Se dio cuenta de que no era su compañero, pero eran humanos, que era lo importante.

CAPÍTULO 12

A al menos diez o doce metros de altura, Alan seguía dentro del Ford mustang, y veía con inquietud los destellos que salpicaban por todas partes sin llegar a tocarlo. De pronto, frente a él apareció una especie de ventana, o un espejo, la verdad no podría describirlo nunca. Lo cierto era que el marco de esa ventana o espejo eran los rayos azules que emitían los electroimanes desde varios sitios. Miró más allá y pudo observar que no era solo una ventana, que era más bien un túnel que parecía increíblemente extenso. Recordó que Steve le había dicho algo sobre eso, pero no lograba recordar qué era.

Súbitamente, todo cambió, el túnel comenzaba a acortarse, los rayos azules, de cierta forma estables, comenzaron a enloquecer; el coche comenzó a tambalearse de forma alarmante. Miró hacia abajo, pero no pudo ver más allá de la ventanilla. "Pero por Jesucristo, qué está pasando?" Pensó, con el corazón en la boca, cuando una explosión silenciosa de una brillante luz blanca hizo desaparecer todo lo que tenía a la vista.

CAPÍTULO 13

Los destellos cesaron, la construcción abandonada volvió a quedar sumida en la oscuridad. Todo el caos luminoso desapareció cuando una caída en la tensión eléctrica echó al traste todo el experimento. Guzmán reconoció con cierta vergüenza que no conocía la existencia de otros modelos de traje protector. Los hombres de verde se llevaron a los sujetos junto con ese hermoso deportivo. La extraña máquina fue rodeada con un precinto amarillo y puesta en custodia por tres soldados fuertemente armados.

Para Guzmán y el oficial Jiménez, el caso había finalizado, él estaba feliz de que fuera así, pero Jiménez se sentía un poco desplazado. Su vena policial ávida de acción novelesca le impediría sentir paz hasta que supiera qué había sido de aquellos dos chiflados y qué estaban intentando hacer. La detective Rogers le interrogaba mientras Jiménez, para sus adentros, se decía que, extraoficialmente, iría a ver de qué iba todo aquello. A Guzmán no le gustó mucho la idea, pero qué le iba a hacer. Ya le esperaba otra noche de pesadilla yendo a revisar aquella máquina infernal.

CAPÍTULO 14

Alan y Steve compartían una no muy cómoda habitación en las instalaciones que el ejército tenía en la zona sur del distrito, destinada a la investigación y desarrollo de armamento e instrumentos tácticos. Los dos hombres esperaban sentados en sillas metálicas dispuestas frente a una mesa, también metálica. Una cámara los vigilaba constantemente desde una esquina del techo. Un hombre vestido de uniforme camuflado que parecía ostentar un rango alto, como de capitán, teniente, o algo así, entró en el recinto. Tomó asiento y los miró con intensidad antes de proceder con el interrogatorio.

Eran cerca de las diez de la noche cuando, a un centenar de metros de la sala de interrogatorios, hacia el este, el taller mecánico del edificio se encontraba a oscuras y en silencio. Dos guardias que parecían gárgolas de piedra armadas con rifles vieron aparecer frente a ellos cinco figuras: el capitán Felps, acompañado de la detective Rogers, el cabo Wright y que a su vez, escoltaban a dos civiles.

-Bien, señor Brown, señor White, pueden irse. Los agentes de allí- señaló a los dos custodios que parecían estatuas. -los acompañarán hasta la salida.

El interrogatorio no había sido exhaustivo ni muy extendido, sólo les interesaba saber el propósito de los químicos que aparecieron en el espectrómetro, y cuando Steve les explicó que estaban desarrollando un combustible experimental para su nuevo motor, el capitán Felps quedó satisfecho, después de todo, las cantidades de Talio y Osmio no eran suficientes para armar una bomba o algo parecido. Sólo les instó a que comparecieran ante la comisión estatal de materiales peligrosos para gestionar los permisos pertinentes para el uso de los químicos.

Diez minutos más tarde, la detective Rogers y el capitán Felps miraban los faros rojos del coche alejarse colina abajo.

CAPÍTULO 15

Hacía más de cinco horas que el manto oscuro de la noche había caído sobre el distrito. Densas nubes ocultaban de tanto en tanto al astro nocturno, cuyo resplandor peleaba por dejarse ver a través de las caprichosas rendijas de aquellas y, de tanto en tanto, la carretera interestatal era bañada por algún audaz rayo plateado.

De vez en cuando los faros de algún coche que pasaba raudo iluminaban el asfalto. Un par de faros redondos, sin embargo, rompieron con las estadísticas, viniendo a detenerse en mitad de la nada. El motor del Ford mustang se detuvo de forma súbita. Ante la sorpresa, Alan no se percató de que la palanca de cambios se había soltado, cayendo en posición neutral, por lo que el coche siguió desplazándose unos cuantos metros hasta detenerse por completo. Alan y Steve intercambiaron miradas contrariadas.

-perfecto!- dijo Steve, mirando con agitación a todos lados. -el mejor sitio para que este trasto se averíe-

-ah, no!- replicó Alan, que se lo tomó personal -no me vengas con esa. Este bebé siempre está a punto con el mantenimiento. Seguro algo le hizo tu máquina al sistema eléctrico.-

Steve sintió una punzada de culpa al pensar que Alan podría tener razón.

-bueno, lo siento, sí?- resopló.

-ok, no resolvemos nada discutiendo, veré qué diablos pasa, tal vez sea sólo un contacto flojo.-

Alan tiró de la pequeña palanca para abrir la cajuela, y Steve cogió una linterna que había en el porta objetos. Luego ambos hombres bajaron del vehículo. La noche estaba fría y había una densa niebla que llegaba a cubrir sus tobillos. Las luces de las farolas alumbraban la vía sin lograr atenuar la lóbreguez de aquel paisaje casi desierto.

Alan vio que los faros continuaban encendidos, pero sabía que con un contacto flojo se puede encender hasta el estéreo, pero no habría fuerza suficiente para mover el sistema del arranque. Levantó la tapa, dejando al descubierto el interior del coche, echó un vistazo rápido pero no vio nada extraño, así que movió los contactos de la batería y creyó escuchar algo, tal vez fuera la computadora o la bomba de gasolina al activarse.

-intenta encenderlo!- dijo Alan, aún frente al cofre abierto. Steve se fue hasta el puesto del piloto, pero antes de poder abrir la puerta, el motor del coche se encendió.

-listo! Larguémonos de aquí!- gritó Alan mientras cerraba el cofre.

Todo estaba listo, ahora, a continuar el camino, excepto por un detalle: Las puertas estaban cerradas y la llave estaba en el contacto.

-estás de chiste, no? Para qué cerraste las ventanillas? Acaso estás pirado?- explotó Alan, mostrando un lado que pocos conocían.

-venga! Que no he sido yo, vale?- replicó el otro, en su defensa.

-pues no veo a nadie más en toda esta mierda! Y yo estaba allá adelante!- ladró Alan, señalando con la mano tensa de rabia.

-y por si no te has dado cuenta, yo estoy en el mismo lío que tú! Para qué iba yo a dejarnos varados aquí? Piensa, por Dios!-

-maldición!- exclamó Alan, golpeándose la mano con el puño. - consigue una roca, romperé el cristal. No pienso quedarme aquí un segundo más.-

Para una sorpresa sin igual, cuando Steve se dio la vuelta para buscar una roca por ahí, escuchó cómo el coche aceleraba y se volvió inmediatamente, solo para mirar las luces traseras alejarse y dejar una revuelta voluta de apestoso humo flotando en el aire. Habría pensado mal de su amigo, de no ser porque estaba ahí parado, en el medio de la vía, con el rostro paralizado en una mueca de asombro infinito.

CAPÍTULO 16

-pues nos han robado, tío! Así de simple!- decía Alan, con las manos en la cabeza, a punto de tirarse de los cabellos.
-es que no lo entiendo!- replicó Steve -no había nadie excepto nosotros.-

Los dos estaban sentados a la orilla de la carretera mientras esperaban a la policía. Alan dejó su teléfono celular dentro del coche, pero Steve conservaba el suyo y pudieron hacer la llamada de auxilio. Dio los datos del vehículo robado y los suyos, luego indicó dónde se encontraban, aproximadamente.

-pues me niego a creer en fantasmas o extraterrestres.- continuó farfullando Steve luego de colgar el teléfono. -Tuvo que ser que alguien se metió en el coche mientras no veíamos, tal vez, no lo sé, coño!-

-lo cierto es que nos han birlado- Puntualizó Alan, aún con la cabeza hundida entre las manos.

Aún sacaban conclusiones cuando a lo lejos vieron aparecer unos faros que les dieron de lleno en la cara, castigando sus ojos habituados ya a la oscuridad. Se hicieron visera con las manos y vieron con alivio a la patrulla policial.

Una hora antes, en la estación de la policía del estado, la operadora recibió la llamada y avisó a todas las unidades. Jiménez, que estaba en la construcción abandonada se apresuró a coger el radio.

-aquí Jiménez- Contestó -el coche robado es un mustang negro de placas PTX-987?- preguntó, presuroso.

-afirmativo, Jiménez, está en área?-

-este... Sí, estoy cerca- Mintió -dónde están las víctimas?-

La operadora le explicó.

-bien, voy para allá.- cerró enseguida la comunicación y se dirigió al coche patrulla, que estaba aparcado a la entrada.

-nos vamos!- le dijo a Guzmán. -los gilipollas del espectáculo se han dejado robar el coche, están en la interestatal.-

Guzmán encendió el coche y salieron con un chirrido de neumáticos hacia la vía que comunicaba al distrito con los pueblos aledaños. No estaba nada cerca la carretera interestatal, pero acelerando lo suficiente y pasando del límite legal unas cuantas veces, llegarían en algo menos de una hora, no creía que fueran a ir a ningún sitio, después de todo.

CAPÍTULO 17

Eran cerca de las dos de la mañana cuando unos faros barrían una calleja casi desierta en mitad de un sector poco transitado del interior del distrito. Los haces luminosos recortaron la forma de un cuerpo femenino contra las fachadas. La mujer miró hacia atrás y vio el coche que había comenzado a seguirla, no le dio importancia y siguió andando con el paso tambaleante que produce el etílico cuando nubla los sentidos. El coche aceleró y se colocó a su lado, disminuyendo la velocidad hasta ir al ritmo de la mujer.

-oye tío!- dijo ella, deteniéndose para hablarle al inepto que la seguía, intentó que las palabras salieran lo más claras posible, aunque sabía que tendría que esforzarse bastante. -si buscas una prostituta, mejor regresas por donde viniste, vale?- luego continuó, se puso una mano en la frente, intentando controlar el vaivén de su cabeza, pero era inútil.

El coche seguía a su lado, escuchó un ruido y vio que la puerta del acompañante estaba abierta. Ella resopló, divertida.

-venga ya! Que ya estoy mayorcita para juegos. Busca a alguna quinceañera en las escuelas!- estaba comenzando a ponerse nerviosa y apretó el paso, pero el tipo del coche era insistente, así que luego de unos cuantos metros de acoso, la mujer se volvió con el rostro encendido, más por la rabia que por el alcohol, para soltarle un buen lío a aquel cabrón. Se quedó muda cuando vio el asiento vacío. Todos los asientos vacíos! Se levantó a comprobar que no había nadie fuera del coche.

No lo había.

-esto es demasiado para mí- dijo, sin saber muy bien qué pensar o cómo pensar. -está bien, nene, con ese truco me has convencido.- continuó hablando, y mientras, ponía torpemente un pie dentro del coche; se acomodó en el asiento y cerró la puerta. -o key ne.ne, hip!- le vino un hipo. -puedes llevarme, hip!... Y será a donde tú quieras, porque yo no lo sé!

Maldición... No debí tomar ese último trago!- concluyó, cerró los ojos y se echó a reír. No tenía idea de que podría ir lejos, pero no volvería a bajar de aquel coche; al menos no con vida.

CAPÍTULO 18

La mañana se sentía cálida en la zona central del distrito. El brillante sol resplandecía en lo alto del cielo, apartando con su calor a cuanta nube se acercaba para cubrirlo. Más allá, en el suelo que los rayos calentaban desde hacía horas, se había formado un batiburrillo de personas en torno a un cadáver.

El cadáver de una mujer.

Una comisión policial se apersonó en el sitio para hacer los procedimientos de rutina antes de levantar el cuerpo. La detective

Rogers llegó justo en ese momento, después de abrirse paso entre la gente.

-y bien? Qué tenemos?- preguntó, poniéndose de cuclillas junto al cuerpo de la mujer.

-posible causa de muerte, asfixia por monóxido de carbono- dijo el forense, también de rodillas. -Aún no puedo dar una conclusión precisa, es muy extraño, parece haber inhalado el venenoso gas y luego alguien la puso con cuidado ahí donde está.-

-y los testigos? Alguien vio algo inusual?-

-sí, el oficial de allá- señaló con el dedo a un uniformado haciendo preguntas a un grupo de civiles. - está tomando las declaraciones preliminares-

Rogers se levantó y se dirigió hasta allá.

-buenos días, soy la detective Amanda Rogers, qué tenemos?-

-este caballero dice haber visto algo inusual, fue él quien llamó a la policía-

Jiménez y Guzmán llegaron en ese momento, y se acercaron al detective.

-sí, señor- dijo el hombre, un tipo bajito y rechoncho de unos cuarenta años. -como le decía al oficial, esta es una vecindad

pequeña y de gente de clase media, un coche como ese definitivamente no pasa desapercibido...-

-un mustang negro.- le interrumpió el oficial Jiménez.

-sí, exacto.- convino el hombrecillo, levantando las cejas. Rogers lo miró, intuyendo que le faltaba una pieza al cuadro. - yo vi el coche pero no le di importancia, después de todo, cualquiera puede tener un primo millonario, sabe?. Eran como las nueve treinta o poco más, cuando vi a un vecino que abría el coche, debía de ser el dueño, pensé, pero luego vi que se alteró, yo me quedé allí- señaló la entrada del urbanismo -a ver qué pasaba y me quedé de piedra cuando lo vi abrir la puerta del acompañante y sacar a la mujer, la dejó en el suelo y subió al coche, luego arrancó y se fue. Eso es todo, señor.-

-muy bien, señor, gracias por su colaboración, el agente tomará sus datos.- le dijo, y se dirigió a Jiménez, que escuchaba con atención.

-un mustang negro?-

-Sí, detective, el mismo que usaban los chiflados que detuvimos en la construcción- respondió, haciendo una pausa para agregar: -anoche les han robado el coche, yo los tengo bajo custodia-

-esa información es interesante, oficial, entonces no cree que el vecino tenga algo que ver con la occisa-

-no lo sé, Rogers, según el testigo, no parecía saber nada hasta que la vio, lo que no entiendo es por qué huyó!-

-si es que huyó, parece secuestro, creo que los dos chiflados están omitiendo información importante.-

-no lo sé, detective, hay algo que no encaja, hay que hacer una visita a la estación; hay un par de locos que deben estar sobrios a estas horas.

Cerca de 12 horas antes, el oficial Jiménez se detenía en medio de la oscuridad que oprimía la carretera interestatal para recoger a los dos individuos que les había quitado de custodia un capitán del ejército y un detective de la estatal. Y

ahora estaban ahí, sentados a la orilla de la carretera, esperándolo.

-así que los han robado...- dijo, sacando un poco la cabeza por la ventanilla.- suban. Veremos qué diablos pasa aquí- Alan y Steve subieron al coche patrulla. Jiménez los interrogó allí mismo. Luego, al escuchar su historia, no le quedó otro remedio que llevarlos a la estación, bien para que se les pasara el efecto de lo que habían ingerido o para que se lo pensaran mejor la próxima vez que quisieran hacerse los graciosos.

CAPÍTULO 19

Jorge Bustillos golpeó como un poseso las ventanillas del coche, gritó y pataleó lleno de pánico. Eso fue hacia diez o quince minutos, luego logró calmarse. "Esto tiene que ser un maldito chiste, una puta broma, no?" Pensó. Se sentó por fin en el asiento del pasajero. No podía quitarle la vista de encima al volante del mustang mientras algún ente invisible conducía.

-amigo!- exclamó, dirigiéndose al conductor que no podía ver.
- vamos, dime que esto es una especie de chiste, vale? Me estoy cagando de miedo!-

Nada, no hubo respuesta.

En un arranque de valentía, el señor Bustillos pasó sobre la palanca de cambios y se sentó en asiento contiguo. Puso las manos sobre el volante, sólo para comprobar que no podía moverlo; luego pisó a fondo el acelerador, pero nada pasó, el coche siguió marchando a la misma velocidad: noventa kilómetros por hora.

Se relajó un poco tras el volante, se reprendió por su curiosidad, no debió sacar de ahí a la mujer. Claro que le había parecido extraño el lujoso coche estacionado en el puesto del vecino, pero también pudo dejar que el vecino se encargara, pero no, tenía él que ir a ver. Luego vio a la mujer ahí tirada en el asiento y fue a revisar; la puerta del acompañante estaba abierta, así que no tuvo problemas para sacarla. Iba a llamar a la policía, pero antes, grave error, quiso revisar el interior del vehículo, como si él fuera un bendito policía.

Algún imbécil cerró la puerta tras él cuando revisaba el interior, empujándole de bruces, y desde entonces estaba ahí, dentro de aquella trampa móvil, sin tener idea de quién estaba afuera controlando el vehículo y a dónde pretendía llevarlo.

Con los ojos cerrados se puso a pensar en qué hacer para salir de aquel predicamento, cuando de pronto, con la cabeza más clara, se sintió estúpido. No que iba a llamar a la policía luego de cachear el puñetero coche? Agradeció que no hubiera nadie cerca cuando sacó del bolsillo su teléfono móvil; aunque no descartó que alguien pudiera estar vigilándolo con una cámara oculta. Bueno, importaba poco, dadas las circunstancias. Así que lo desbloqueó y llamó a emergencias.

CAPÍTULO 20

-clan, clan, clan!- sonó la llave contra los barrotes de la celda. Alan y Steve no interrumpieron su juego de barajas. – oficial ¡ qué tal? Encontró mi coche?-

-lo siento, chico, sigue desaparecido, pero qué crees, ahora hay una muerte implicada-

-qué?- exclamó Alan. Jiménez sintió cierto atisbo de triunfo cuando al hombre se le cayeron las cartas de la mano al escuchar la noticia.

-se halló el cadáver de una mujer en un vecindario del centro- Esta vez, habló la detective Rogers.- y un testigo incluyó una descripción de tu coche en la declaración- Rogers dejó que la información fuera procesada, luego Jiménez añadió:

-ahora sí me van a decir la verdad?-

-pero cuál verdad?- estalló Alan, estrellándose contra los barrotes - todo lo que le dijimos es todo lo que sabemos. Para qué le ocultaríamos algo? Maldición!- Alan golpeó los barrotes de pura frustración, y se alejó.

-bien, está bien- Jiménez levantó las manos, como si se rindiera.

- digamos que perdí el juicio y decidí creer su absurda historia- Alan resopló del otro lado. -cómo me ayudaría eso a resolver el caso?-

El silencio se apoderó de ambos lados de la celda, hasta que luego de un largo minuto en el que la detective había decidido largarse, Steve habló.

-creo que tengo una idea, podría funcionar-

-bueno pues, soy todo oídos accedió Jiménez, pero justo cuando el científico loco iba a explicar su idea, el teléfono móvil del oficial sonó.

-aquí Jiménez!- atendió de inmediato al leer en la pantalla: Estación.

-perfecto, salgo para allá.- colgó. Luego se dirigió a los detenidos -ya ubicaron el vehículo. Un hombre hizo una llamada de auxilio, lo han secuestrado usando tu coche, chico.-

Rogers y Jiménez salieron de la estación al coche patrulla. Un hombre secuestrado pudo hacer una llamada de auxilio? El caso estaba resultando cada vez más extraño.

CAPÍTULO 21

Bustillos se reclinó en el asiento del copiloto, exhaló aliviado una bocanada de aire mientras colgaba el teléfono. Miró por ambas ventanillas observando el panorama que pasaba a toda velocidad ante sus ojos. Se tomó un momento para reflexionar por lo que estaba pasando. Porque nada de aquello tenía el más mínimo sentido; quién querría secuestrarlo? Por Dios, y para qué tomarse tantas molestias? Mira que preparar una madre de coche como aquél. ¡Y ponerle un control remoto o quién sabe qué chisme tecnológico. “En fin” pensó “no tiene caso profundizar más sobre el asunto”. Ya había hablado con la policía, no podía decir que no había nadie en el coche si quería que le tomaran en serio, así que tuvo que inventar que iba en el maletero y que de alguna forma los tipos no se percataron de que llevaba el móvil encima. Guardó de nuevo el móvil, continuó mirando hacia atrás por la ventana, esperando ver aparecer pronto las patrullas.

CAPÍTULO 22

Rogers y Jiménez divisaron en la distancia el punto negro y enseguida supieron que lo tenían. La carretera estaba desierta y sólo podía ser ese el coche que buscaban.

-Aquí Jiménez- Dijo por el radio de frecuencias con todas las bandas abiertas. -Nos acercamos a la barricada, el sospechoso podría estar armado, procedan con cautela.- concluyó, y aceleró para acortar la distancia. El mustang se materializó claramente ante sus ojos y enseguida la estrategia se puso en marcha: Las dos unidades que acompañaban a Jiménez lo adelantaron para situarse a ambos lados del mustang negro para evitar que se saliera del camino. Jiménez se quedó a la zaga para tener una panorámica más amplia. Más allá, apareció ante la vista de todos, la barricada policial.

Dentro del mustang, un Alfredo Bustillos golpeado por una oleada de emoción que disparó su ritmo cardíaco se revolvió en el asiento, mirando las patrullas que lo rodeaban y, al instante siguiente, una barricada formada por media docena de coches blancos con luces azul y rojo apareció en mitad del camino. Su sonrisa se desvaneció cuando, al sentir de cerca el desenlace de aquel episodio, recordó haber escuchado que, según las estadísticas, los casos de secuestro en los que el secuestrador se veía acorralado nunca terminaban bien.

Los dieciocho funcionarios policiales salieron casi al unísono de los coches patrulla al ver acercarse el mustang negro, al menos diez portaban armas largas, seis usaban armas cortas y otros dos sólo estaban al frente de todo el escenario, uno de ellos tenía un megáfono en las manos.

-Debe detener el auto- habló el oficial a través del aparato. Confiaba en que el sospechoso pudiera escucharlo. -Si continúa acercándose abriremos fuego-, Al otro lado de la carretera, el coche de Jiménez disminuyó la velocidad hasta

detenerse, dejando una distancia prudente entre el sospechoso y la barricada. Se apearon del vehículo para observar lo que sucedería a continuación: El mustang aceleró, sólo para detenerse de golpe y con un chirriar de neumáticos a pocos metros de la barricada.

El viento que soplaba del este sacudía la maleza que se resistía tercamente. La arena, en cambio, se dejaba llevar levantando pesadas nubes mientras todos barrían con las miradas aquel paraje remoto.

CAPÍTULO 23

El teléfono de Bustillos sonó con más estruendo que de costumbre, y este dio un respingo antes de contestar.

-Bueno ¡- dijo con la voz cargada de una agitación espantosa

-Señor Bustillos- se escuchó la voz de la detective Rogers que salía del pequeño aparato. -Necesito hablar con el sospechoso, póngalo al habla.-

-Tienen que sacarme de aquí.¡-

-Señor Bustillos- tenía que mantener el control -Estamos haciendo todo lo posible por ayudarlo, pero tiene que calmarse.-

-Venga.¡ Maldita sea¡- Estalló. -Estoy encerrado en el maldito coche, y no hay un maldito secuestrador.¡

“pero qué diablos¡” Pensó Rogers, que empezó a hacer señas a todo el equipo para que intervinieran -Que no hay secuestrador? Pero de qué...¡- No pudo seguir hablando. Un grupo de hombres con armas cortas comenzó a correr hacia el mustang negro, cuando de pronto este hizo rugir el motor con una furia animal. Los policías se alertaron y levantaron las armas, luego, al continuar acercándose al coche, este arrancó de golpe en reversa, dejando a los oficiales en el sitio.

“pero qué está haciendo este imbécil.¡” pensó Rogers, que no entendía qué diablos estaba pasando. Cogió de nuevo el teléfono y marcó el de Bustillos.

Contestó al instante.

-AAAAHHH¡- fue lo que salió del auricular.

-Pero qué coño está pasando...? Déjeme hablar con el secuestrador, señor...¡- Bustillos lo interrumpió con un alarido

-No hay nadie más aquí.¡ maldición¡ No hay nadie más aquí.¡¡¡

CAPÍTULO 24

La falta de información siempre ha tenido resultados nefastos cuando se juega a contrarreloj. Obviamente, Ni Jiménez ni Rogers podían saber de qué diablos estaba hablando Bustillos, lo que escuchaban les parecían las incoherencias de un esquizofrénico. Cómo es que no había ningún secuestrador con él y no había salido del coche?

De pronto, ese contador regresivo invisible que todos llevamos en el inconsciente en situaciones tensas comenzó a acercarse a cero y todo pareció precipitarse por un despeñadero.

Primero, la ventanilla derecha del mustang estalló en pedazos, luego, media docena de uniformados corrieron como gacelas despavoridas a sacar al señor Bustillos que tenía medio cuerpo fuera del coche y gritaba y se agitaba como un loco, desesperado por salir de ahí.

Jiménez y Rogers también se lanzaron hacia allá.

El mustang negro salió disparado hacia adelante haciendo de nuevo chillar los neumáticos, dejando a la víctima en manos de la policía. En medio de la confusión y con la Bustillos fuera del coche, a la señal de una mano levantada, todos los hombres y mujeres que portaban una placa y un arma, abrieron fuego, llenando todo el escenario de humo y caos.

CAPÍTULO 25

Guzmán atendió la llamada de Jiménez, este le había dejado a cargo de Steve y Alan luego de escuchar la noticia del secuestro del señor Bustillos. Se levantó del escritorio luego de escuchar las nuevas instrucciones y se acercó a la celda de detención de la comisaría. Alan y Steve escucharon los pasos acompañados de un tintineo de llaves.

-Qué ha pasado?- Preguntó Alan, con el rostro embutido entre los barrotes.

-Jiménez viene en camino- respondió mientras introducía una llave de gran tamaño en la cerradura de la celda -me informó que pueden irse, el caso ha llegado a su fin y no hay motivos para retenerlos aquí por más tiempo.- La celda se abrió con un chasquido metálico.

-Pero, y mi coche...?-

-Pueden esperar al oficial allá- señaló con el dedo hacia la salida, donde había una hilera de sillas de madera. -Y hacerle todas las preguntas que quieran.

Pasaría luego algo más de una hora para que el oficial Jiménez y la detective Rogers aparecieran por la comisaría.

Steve y Alan vieron llegar a los oficiales y se acercaron para interrogarlos.

-Oficial!- Dijo Alan, Jiménez, que ya esperaba encontrarlos ahí, los invitó a hablar en su oficina.

Pasaron al vetusto recinto, adornado tan solo con un cuadro del presidente y otros dos de otras figuras políticas. Tomaron asiento y escucharon lo que Jiménez tenía que decirles.

-el sujeto escapó. Sí, ya sé que están seguros de que no había nadie en el coche pero, aparte de que es una absoluta locura, no puedo, bajo ninguna circunstancia, si deseo conservar mi puesto, mi reputación y mi dignidad, colocar eso en mi informe oficial. Aparte de eso, debo decirles que el caso de la señorita

Mendoza sigue abierto y, aunque no son sospechosos, quisiera pedirles que no salieran de la ciudad, tal vez necesite de su colaboración.- se levantó de la silla tras el escritorio y extendió la mano. -desgraciadamente, el mustang no salió bien parado, pero estoy seguro que un buen mecánico lo dejará como nuevo. Podrá encontrarlo en el estacionamiento de la comisaría, de donde podrá llevárselo sin más problemas. Una grúa les dejará donde le indiquen.- estrechó las manos de ambos. -que pasen un feliz día.- finalizó.

Jiménez volvió a su asiento mientras los dos hombres salían de su oficina. No mencionó que los estudios realizados al cuerpo de la señorita Mendoza arrojaron un nivel alto de alcohol en su sangre y que murió a causa del envenenamiento por gas monóxido al quedarse dormida dentro del coche; lo que no terminaba de encajar era la forma en la que fue a parar a ese coche.

EPÍLOGO

UN AÑO DESPUÉS

-...y aquí vamos.- dijo Alan, hablando consigo mismo y tomándose un segundo antes de girar la llave en el contacto. El motor encendió de un solo toque, elevando por un segundo a dos mil las revoluciones por minuto para luego nivelarlas a solo doscientas. Alan salió, para echar un vistazo panorámico. El coche parecía nuevo. Bueno, después de ocho meses de duro trabajo para reparar los daños, el resultado era más que satisfactorio. Las balas se habían alojado en casi todo el vehículo; las de calibre nueve milímetros atravesaron la carrocería y causaron serios daños al motor y a otras piezas que hubo que reemplazar, mientras que las más grandes y lentas dañaron sobre todo la pintura y la latonería.

Se acercó y bajó el cofre, lo dejó encendido un buen rato mientras lo observaba.

-creo que lo que había en el coche ya no está, Alan.- era Steve, que apareció detrás de él.

-a qué te refieres?- preguntó

-sabes a qué me refiero, pero creo que, sea lo que haya sido, se fue.-

Alan no dijo nada más. Solo se introdujo a medias en el mustang y retiró la llave del contacto. Luego invitó a su amigo con un ademán y ambos salieron de la cochera para entrar a la casa.

La noche había caído como un oscuro y frío manto sobre el distrito. Pronto las ventanas de las casas comenzaron a iluminarse aquí y allá, aleatoriamente. Una espesa neblina había ido formándose en el suelo y, más allá, en una oscura cochera, donde la bruma grisácea cubría parcialmente dos pares de neumáticos, un destello azul brillante apareció por un instante.

A la mañana siguiente, Alan se levantó muy temprano, tomó una ducha y se preparó un ligero desayuno. Pasó luego a su habitación y vistió unos vaqueros y una cazadora, se calzó unos deportivos negros y se paró frente al espejo para colocarse las gafas de sol estilo aviador.

Salió de la casa y cerró con llave la puerta. Caminó los pocos metros que había hasta la cochera, en la que solo encontró una pequeña mancha de aceite en un suelo vacío.